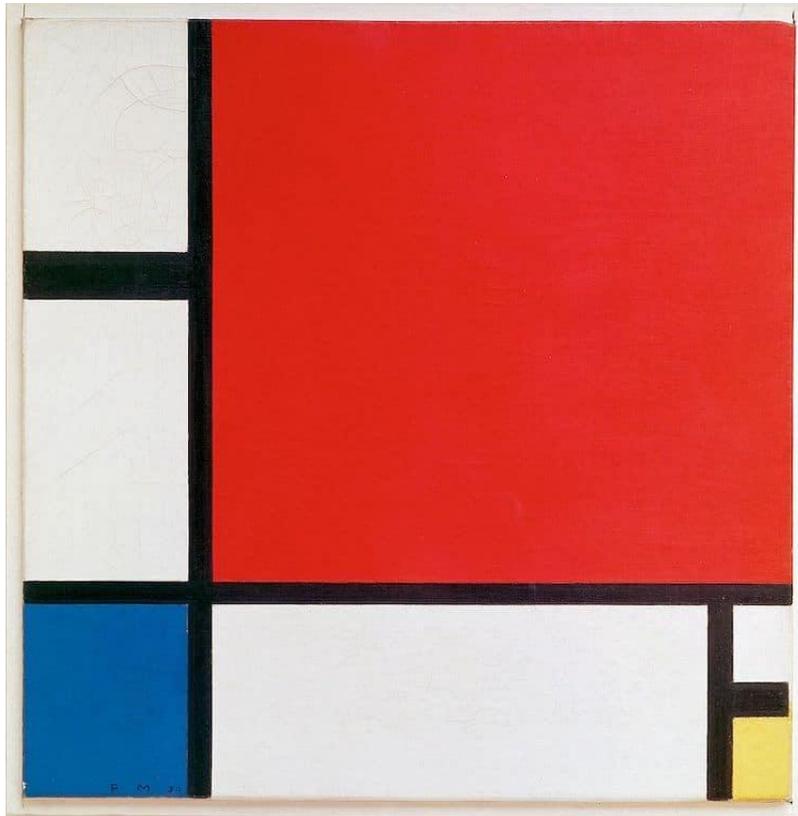


ALEGATO CONTRA LA DESHUMANIZACIÓN DEL ARTE.

Carlos Herrero Starkie
Director del IOMR
Abril 2022



Piet Mondrian, composición II en rojo, azul y amarillo, 1930. Kunsthouse Zurich.

La pintura y la escultura, junto a la música en otro orden, conforman el origen mismo de la expresión artística del Hombre; el Arte entendido como la habilidad humana para transformar la materia en base a una idea preconcebida de la naturaleza, por el puro placer de contemplar el resultado y con el fin de estimular emociones en el espectador. Un Arte, consustancial al nacimiento y evolución del mundo civilizado en la medida en que anida en esa parte emocional del Hombre que junto a la racional le separa del mundo puramente animal.

Hace más de 15.000 años un ser humano imbuido de un genio artístico descomunal pintó lo que podemos considerar la primera Obra Maestra de la humanidad, las pinturas rupestres de las cuevas de Altamira, sus míticos bisontes. Él marca un antes y un después, convirtiéndose en el mejor exponente de que el Hombre había ya alcanzado ese punto de inflexión que le define como un ser civilizado, en cuanto va tomando conciencia de su talento para crear y apreciar obras desde un punto de vista estético, al hilo de una incipiente sensibilidad que le hace descubrir el mundo externo bajo un ángulo creativo y no meramente utilitarista. Entonces surge un Hombre nuevo que no sólo sobrevive en un mundo hostil, atezado entre sus instintos y su vertiente racional, si no que siente la necesidad de escuchar las emociones que emergen de un sentimiento análogo al Amor cuando observa lo natural.

A todos aquellos que somos amantes del Arte y que lo consideramos como una de sus creaciones más distintivas, nos indigna el contemplar la deriva negacionista que vive hoy en día el arte plástico. Todos nosotros deberíamos cuestionarnos si acaso estamos asistiendo al ocaso de una de las formas de expresión más atávicas del Hombre en la medida que, junto a la música, despertó en él un sentimiento artístico.

¿Cuánto hay de artístico en muchas de las representaciones visuales que se nos presentan hoy en día como tales?

Una obra cuya ejecución es puramente tecnológica nunca puede ser considerada como Arte, por mucho que sea la expresión de nuestra época y haya sido concebida por la mente del Hombre, que para ser valorado como artista necesita demostrar ese talento innato para trasladar la idea a un formato, identificándole como un Maestro cuando alcanza un nivel de virtuosidad único en su ejecución. No es solo una cuestión de la técnica que elija para crear, aunque, a mi modo de ver, unas propicien más la revelación del genio artístico que otras, si no del dominio del medio. El lápiz, el pincel, la gubia, el buril, la pintura al óleo fueron en su origen nuevas tecnologías, como también lo son, la tablet, la fotografía o el cine. Lo determinante es que el hombre demuestre ser hábil en el manejo de esa técnica con el fin de mostrar su individualidad y no que la tecnología le sustituya masificándole, convirtiéndole en un mero diseñador gráfico, en detrimento del oficio secular que cabría esperar de un artista. En este sentido, los dibujos y las pinturas de Hockney realizados a través de su tablet sin duda son Arte, porque en ellos fluye la inspiración creativa del genio y el oficio a través de su mano; al contrario, muchas de las pinturas abstractas, minimalistas o conceptualistas, por su espíritu reduccionista, la extrema simplicidad del resultado que nos ofrecen y la facilidad con que pueden ser plagiadas, no ostentan todas las condiciones para ser consideradas una Obra de Arte. La relevancia que hoy en día sigue teniendo este tipo de expresión artística de significado hueco, la masificación con que se produce y la continua estandarización de sus formas, han anulado el carácter autógrafa como elemento nuclear de una obra pictórica o escultórica, lo que nos ha conducido a una progresiva deshumanización y al declive del arte figurativo; el género en el que mejor se despliega el genio artístico, aquél que se distingue por un resultado de carácter único, difícil de imitar e imposible de copiar, sin perder ese halo indescriptible que caracteriza a las Obras Maestras e impacta en el espectador sensible.

Tras la hecatombe de la primera guerra mundial, el afán provocador de las vanguardias más rupturistas, propiciado por un profundo nihilismo, provocó un atentado trascendental contra la esencia misma de la Pintura y la Escultura como artes figurativas, cuyo desenlace vivimos hoy en día en grado superlativo con la eclosión del arte digital y el "performance art", hasta el punto de amenazar su propia supervivencia como formas predominantes de expresión artística. Ese fue el momento cuando se consolidó la fatal desconexión entre el concepto y la forma artística, entre la mente y la mano del artista, que ha traído consigo la pérdida de su propia identidad. Un tipo de arte que históricamente solo estaba al alcance de

aquellos genios imbuidos del poder mágico para crear belleza con sus propias manos, configurando un mundo virtual inspirado en la realidad cotidiana por muy prosaica, cruel o inefable que sea, un mundo capaz de provocar emociones en el espectador.

Desde entonces estamos viviendo un auténtico cambio de paradigma por el proceso de arrinconamiento que ejercen sobre el arte plástico otras formas de expresión, en ocasiones de muy dudoso carácter artístico, en las que prima el concepto frente a la ejecución, soslayando la esencia misma que define a un pintor o escultor: su habilidad manual para trasladar su pensamiento sobre la materia. Esta pérdida de relevancia del carácter autógrafa de una obra, unido al papel preponderante de la tecnología que ha dado luz a una cultura cada vez más global y estandarizada, ha otorgado la hegemonía a las artes visuales, un concepto acuñado en el siglo XX que desvaloriza el proceso de gestación manual que siempre ha prevalecido en el Arte, centrándose solo en su resultado final puramente visual, igualando artes en las que el grado de participación humana es muy diferente y favoreciendo a aquellas con un formato más tecnológico, en perjuicio de las que proceden íntegramente de la acción del Hombre.

El arte plástico representa la forma de expresión artística más intrínsecamente humana y con la música, la más antigua, cuya evolución y progreso transita en sintonía con la toma de conciencia del Hombre acerca del mundo que le rodea, contribuyendo a transformarlo en un ser que opina acerca de lo que ve y siente, con una vocación de transcendencia a través de sus obras. Desde las pinturas rupestres de Altamira a Picasso, ha evolucionado como consecuencia de la interacción entre la mente del Hombre y su capacidad manual para crear belleza, interpretando de forma personal lo natural a fin de dejar testimonio perenne de su existencia. Belleza, porque no puede entenderse el Arte si no es dentro del canon estético imperante en cada época, algo íntimamente unido a su aspecto decorativo y solo puede considerarse como tal cuando posee un grado de expresividad que sobrecoja el ánimo del espectador, en virtud de la calidad técnica magistral manifestada por el creador de la obra; valores todos ellos que sustancian ese carácter civilizado que define el origen del Arte; necesidad de transcendencia, por esa conciencia de transitoriedad que persigue al Hombre y que supera a través de la creación artística. Las grandes Obras Maestras, auténticos hitos de la Historia de la Pintura y de la Escultura, son fruto de este irreplicable ejercicio simbiótico que anida en aquellos genios imbuidos del don excepcional para representar de forma

inefable sus impresiones acerca del mundo de lo natural y sólo cuando esas creaciones artísticas desvelan la impronta, el trazo y el espíritu que definen su personalidad artística, adquieren la categoría de únicas.

Aunque el Renacimiento encumbró al individuo y en particular al artista frente al artesano, otorgando una preeminencia a la mente frente a la actividad manual, las obras más apreciadas debían corresponder a la mano del maestro o al menos a un nivel de calidad en su ejecución enseñado en sus talleres y en las academias; fiel reflejo de ello son los múltiples bocetos que todavía conservamos acerca del proceso de configuración de las Obras Maestras, en los que se percibe, si cabe aún más, el trazo del genio como expresión material de su espíritu. Todos los periodos de la Historia del Arte significan el triunfo de nuevas ideas artísticas. El barroco trajo lo sorprendente, lo monumental, la teatralidad, el contraste, las formas grandilocuentes, el dieciocho se volcó en el artificio, la delicadeza, la suavidad de tono; el romanticismo se centró en el sentimiento humano, la poesía de lo inacabado, el trazo vigoroso y resolutivo como expresión de la mente del genio creador; el impresionismo supuso un avance hacia la manifestación de lo visual, la luz que transforma la realidad de las cosas, creando un escenario diferente al material basado en lo que percibe el ojo humano y llegamos a Picasso, el genio que tiró la pedrada, haciendo añicos la concepción tradicional del lenguaje artístico. Cada uno de estos periodos alumbraron obras icónicas que representan el progreso en el Arte, todas ellas expresión autógrafa del genio que las concibió, algo inherente al concepto Obra Maestra.

Hasta principios del siglo XX, los nuevos procesos de producción no habían afectado a ese carácter mágico de las artes figurativas, en la medida en que se seguía considerando como algo excepcional la obra directamente ejecutada por aquellos artistas imbuidos de genio artístico, un don escaso y muy valorado. La revolución industrial no supuso en absoluto el fin de las artes decorativas, sino todo lo contrario, ensalzó por contraste el trabajo hecho a mano reservado para el disfrute de una élite que supiese apreciarlo y pudiera adquirirlo. Al igual que la moda "prêt à porter", realizada masivamente en el siglo XX, nunca podrá igualar artísticamente ni en consideración a la "haute couture" donde se expresa en su plenitud el toque maestro del modisto, un arte hoy en día en vías de extinción, transformado en una performance publicitaria de la moda. El concepto de obra autógrafa, entendido como aquella íntegramente ejecutada por el artista, ha sido siempre sinónimo de excelencia y de calidad. Su evolución va en paralelo

con el progreso del arte, en la medida que a través de él se rompen moldes y se crean nuevos cánones, pero siempre fruto de la integración entre la mente innovadora y la mano talentosa del artista. Cuando contemplamos uno de los bisontes de Altamira, el Descendimiento de Roger Van der Weyden, el Jardín de las Delicias de El Bosco, las Meninas de Velázquez, la Dama de la Perla de Vermeer o cualquier de los autorretratos de Rembrandt, nos quedamos absortos por las cualidades inherentes e irrepetibles de estas obras y, por esa capacidad superior en la representación plástica del espíritu que rodea a la materia, elevamos a sus creadores a la categoría de grandes maestros.

La irrupción de las vanguardias a principios del siglo XX, como consecuencia de la consolidación de la fotografía y en especial la acción de los dos genios que más han socavado los cimientos del Arte tradicional, Picasso, al crear el cubismo como un lenguaje artístico ex novo y Kandinsky al sentar las bases de la escisión del Arte en abstracto y figurativo, condujeron al arte plástico a un vacío creativo y a la minusvaloración del genio artístico, tal y como se había concebido desde el Renacimiento. Las artes plásticas evolucionaron hacia una simplificación de las formas donde la mano del artista ya no es algo prioritario, en favor de un arte cada vez más conceptual, más cósmico y por lo tanto separado del mundo de lo natural; un intento abocado al fracaso en su afán por representar lo desconocido a través de lo ininteligible, asomándose al precipicio del absurdo, en el que no existe un sentido de progreso dentro del propio medio y donde pierde importancia el proceso creativo humano.

La representación visual de conceptos mentales o fenomenológicos sin conexión con la realidad externa no ofrece suficiente variedad, haciéndose repetitiva hasta la extenuación. Su deliberada renuncia al elemento figurativo dificulta toda valoración de la calidad artística tanto espiritual como material de la obra en la medida en que no hay una referencia objetiva que ponga a prueba la capacidad representativa del autor, ningún anclaje con la realidad de las cosas que desvele su intencionalidad, dejando el significado de su creación al libre albedrío de un espectador expuesto a todo tipo de manipulaciones de orden intelectual del mundo de la crítica y del mercado del arte.

El arte abstracto en su búsqueda por expresar de alguna forma el origen del universo representa el estereotipo de este colapso creativo. Las series de cuadrículas de Piet Mondrian, las composiciones de Marc Rothko o las de

Paul Klee, perfectas dentro de su simplicidad, geniales por su concepción revolucionaria, auténticos planteamientos desafiantes sumidos en la obsesión por la negación de la forma figurativa, aunque sorprenden y mucho por su belleza cuando las contemplamos por primera vez, conforman paradójicamente el modelo contra el cual hay que reaccionar, por haber cerrado el círculo del progreso artístico; por otro lado el conceptualismo de Marcel Duchamp redundando en este sentido artístico hasta el punto que solo cabría considerar sus "ready-made" como una simple "boutade", un simple toque de atención irónico, en virtud del cual el artista se mofa del absurdo al que ha llegado el Arte, si no fuese porque su afrentosa idea de considerar artístico cualquier objeto separado de su utilidad cotidiana por el mero designo del hombre de elevarlo a dicha categoría, ha tenido una incontestable y corrosiva influencia en el Arte contemporáneo, abriendo la caja de Pandora, a las más insospechadas instalaciones cuya intención es epatar al espectador con una manifestación de la negación misma del Arte como creación del hombre civilizado.

Solo cabe "retourner a nos moutons", volver a las bases del Arte para continuar su evolución y salir del callejón sin salida al que nos ha llevado las vanguardias. En este sentido el Arte plástico del siglo XX significa también un desafío constante por dar cumplida respuesta a este vacío creativo que ha supuesto la eclosión descontrolada del Arte abstracto.

Picasso, el artista que sembró la discordia con la reducción de la representación artística a cubo, cuadrado o círculo y con su configuración de la perspectiva múltiple, consciente del peligro de llevar sus ideas al límite, consigue desembarazarse de la criatura que había engendrado, abandonando la frialdad ininteligible del cubismo analítico (hasta 1912), para desde el mucho más comprensible cubismo sintético (hasta 1915) retornar a un ejercicio artístico basado en la observación de lo natural, donde el erotismo de la forma humana vuelve a tomar la palabra en su obra más madura a través un lenguaje tan disruptivo en su enfoque calidoscópico como sujeto a la realidad de lo que él ve y siente como hombre, guardándolo en su memoria de artista. No sin razón, clarividencia y cierto pesimismo, el gran mago del Arte moderno, mostró la más absoluta desafección por las vanguardias que pretendían sucederle y muy en particular por el expresionismo abstracto americano que sustituye el trazo consciente del artista por el dripping fortuito.

En paralelo surgen corrientes que reaccionan ante la desnaturalización del Arte como el surrealismo freudiano de Dalí, Magritte y del propio Chagall en su fórmula más expresionista, que ofrecen soluciones artísticas alternativas al mundo de la abstracción, aportando a la pintura un nuevo código discursivo en el que la figuración adquiere todo el protagonismo, al desvelar los recovecos anímicos más profundos del ser humano bajo formas que solo cobran un significado en el mundo de los sueños. La calidad técnica que mostraron cada uno en su obra, les dota de un lugar privilegiado como auténticos iconos del Arte figurativo del siglo XX, aunque por el esfuerzo y oficio que implica su ejecución pictórica, no hayan tenido la repercusión deseada, en un siglo XXI dominado por lo fácil y lo comercial.

Francis Bacon, el único artista del Arte del de la Post Guerra que ha sido capaz de avanzar desde la dialéctica pictórica de Picasso sin salirse de los cauces figurativos, nos ofrece la representación más inmediata y descarnada de la angustia existencial del Hombre, atrapado en la levedad del ser dentro de su complicada psique, bajo unas formas larvosas que encorsetan a la figura humana, sobresaliendo de unos fondos anaranjados plétóricos de magnetismo; todo ello con el fin de crear una sensación de culpa en el espectador, el cual asiste, como si ante un escaparate se tratase, al sacrificio público del hombre común y corriente. En sus trípticos subyace Grunwald, pero sobre todo Velázquez en la medida en que es capaz de pintar lo deforme de la manera más bella. Probablemente Francis Bacon sea el último gran Maestro del Arte plástico, desde luego del siglo XX.

En los años 30 surge el realismo urbano de Hopper que convivirá en USA durante décadas como alter ego del expresionismo abstracto de Jackson Polloc y el existencialismo figurativo de Balthus que rinde homenaje a los grandes maestros clásicos; más recientemente, los retratos de una frialdad nórdica de Lucían Freud y el realismo optimista de Hockney, hoy en día aclamado como uno de los artistas contemporáneos más cotizados. Todos ellos presentan a su vez respuestas figurativas muy consistentes ante el panorama artístico asolador que viven y en alguna medida significan una búsqueda del pasado perdido; sin duda, por su calidad artística, pudieran haber servido de referente y modelo para las generaciones futuras, si su ámbito de influencia hubiera alcanzado un grado de universalidad capaz de servir de contención al Arte abstracto que, por representar valores tan asépticos como comunes a todas las culturas, se ha consolidado globalmente como el arte del momento en los albores del siglo XXI.

La única corriente figurativa del pasado reciente que sigue teniendo una resonancia global hoy en día, por su perfecta integración con el mundo del consumismo, de la publicidad y de las reivindicaciones sociales, es el Arte pop de Warhol, si bien actúa en pureza como un espejismo por estar sometido su proceso creativo a la fotografía, lo que le convierte en una inagotable fuente de inspiración para las generaciones venideras que dominen las artes visuales. Paradójicamente parte de su éxito en este nuevo siglo le viene dado por la influencia que ha ejercido en el arte-protesta de ciertos grafiteros cuyo mayor exponente es Banksy.

¿Dónde podemos vislumbrar un sustrato de resistencia al que pueda agarrarse la supervivencia del arte figurativo en el siglo XXI?

El artista-escultor más mediatizado del momento, Jeff Koons, aunque algo kitsch, representa en algunas de sus obras un retorno al clasicismo y Hockney sigue siendo un bastión de la figuración con sus paisajes coloristas; ahora bien, ambos han sido tan perfectamente integrados por el sistema que es inevitable que su mensaje figurativo carezca de la potencia necesaria para ser considerado una "piece de resistance".

En mi opinión para que el germen del arte vuelva a enraizarse con fuerza en la sociedad necesita ser más combativo, volver más a sus orígenes, que emane de su esencia y surja sin ambages en oposición al sistema que lo ha deshumanizado. En este sentido, yo apuntaría más hacia el arte urbano. Un género artístico que, por su carácter independiente y reivindicativo, podría servir de hervidero de una incipiente rebeldía contra el establishment dominante, aportando savia nueva al medio figurativo, en cuanto su pintura se nutre de la inmediatez de un mensaje que, para impactar en los transeúntes, necesita ante todo ser inteligible. Entre ellos destacan los sucesores de Basquiat, una figura mítica, que juega un papel de "enfant terrible" y antihéroe, pero también, muchos artistas de origen africano cuyo Arte triunfa hoy en día, apoyados por el "buenismo imperante". El carácter de su pintura un tanto infantil, primaria, simple, más emocional que intelectual y siempre relacionada con la figura humana, nos remonta a los orígenes del arte plástico y nos conecta con la parte más atávica del hombre, lo que aporta consistencia y originalidad a su Arte. A mí me gustaría pensar en una progresiva incorporación de estos artistas de la calle al taller, en un diálogo rebosante de inspiración con las grandes Obras Maestras de nuestros Museos, porque en tanto no pierdan su espíritu de rebeldía, no se sometan a los dictados de la tecnología, y, sobre todo,

aprendan el oficio ancestral del arte plástico, podrán servir de caldo de cultivo para crear, con un renovado sentido de progreso, las bases del retorno de un arte mucho más ligado al Hombre.

El desarrollo de la digitalización, la inteligencia artificial, el metaverso han acentuado este proceso de deshumanización, a la par que han consolidado el arte visual como predominante en nuestros días y como un activo puramente económico de carácter virtual, similar al dinero, cuyo único fin es la especulación. Su máximo estandarte es el NFT, símbolo de una sociedad totalmente monetizada, que basa su valor y juego especulativo exclusivamente en ser una obra digital cuyo archivo está garantizado como único por la tecnología blockchain, pero que en ningún caso la protege de ser replicada, ni valora el resultado artístico de la obra en sí misma. La Pintura y la Escultura, juegan cada vez más un papel secundario, sumidas en su pobreza creativa, deslumbrando solo cuando algunas obras alcanzan precios asombrosos en las subastas; un tipo de arte en todo momento superado por los nuevos formatos, como las denominadas instalaciones o el "performance art", totalmente alejados de la cotidianidad; un arte que reniega de su carácter decorativo y que no valora el disfrute que proporciona a quien lo posee; un arte susceptible de ser almacenado por los coleccionistas que pierde toda integración en el ambiente humano.

El Arte se ha deshumanizado porque en su proceso creativo el Hombre ya no es fundamental, hasta el punto de que hoy en día la inteligencia artificial puede crear obras con total autonomía, convirtiéndole en un ser menos creativo, menos sensible, menos activo intelectualmente, en definitiva, menos artista. Sólo cabe esperar al despertar de una poderosa resistencia y a que no se haya perdido para siempre el oficio, como ocurrió siglos atrás en la Edad Media, porque solo así surgirán nuevos genios que nos ofrezcan una nueva oportunidad de contemplar el Arte con mayúsculas.

El Arte ha dejado de ser la expresión del hombre como individuo, aunque es plenamente el espejo de la sociedad donde vivimos. ¿Afecta esto a su consideración como Arte?

Aunque muchos objetarán, en mi opinión, le afecta en la medida en que degrada la concepción humanista del Arte que desde el Renacimiento se ha ido configurando en nuestro acervo. Un concepto que sacraliza su proceso gestación y el resultado inimitable que se obtiene, elevando a sus creadores a la altura de protagonistas de la Historia Arte.

Sin embargo, la sociedad actual, globalizada, tecnológica y defensora a ultranza de los principios occidentales de libertad e igualdad, ha reformulado el concepto de Arte a su medida para dar cobertura a cualquier tipo de expresión susceptible de ser valorada por el público, basándose en que cada sociedad siempre ha definido lo que es el arte del momento.

Hoy en día el mundo puede vanagloriarse de que todo vale como arte, con la única condición de que exprese un mensaje política o socialmente correcto.

La historia del Arte, con la perspectiva que da el tiempo, sin ataduras morales, tarde o temprano, emitirá su sentencia, separando aquello que puede considerarse Arte intemporal de lo que es meramente la expresión de una época.

Carlos Herrero Starkie